

el pico, las alondras vuelan ligeras describiendo en el espacio grandes círculos hasta tocar el suelo para después perderse en el infinito; entre la maleza se adivina el ir y venir de los pajarillos y en el bosque óyese distintamente el canto del cuco. El perfume delicioso que despide el bosque después de la tempestad, compuesto de todos esos olores especiales que exhalan con mayor fuerza después de una gran lluvia las flores y los arbustos, es tan agradable que no puedo estarme quieto en la britchka, salto á tierra y corro hacia el bosque, y aunque me caen encima de todos lados grandes gotas de lluvia, arranco algunas ramas mojadas aun, me golpeo el rostro con ellas y aspiro con verdadera delicia su perfume. Sin fijarme siquiera en que arrancan del suelo mis zapatos grandes trozos de barro y que llevo ya las medias mojadas por haberme metido sin mirar en los lodazales, corro loco de alegría á la portezuela del coche en que van las niñas, y exclamo, levantando al aire, como en triunfo, las ramas floridas que llevo en la mano:

—Lubotchka!... Katenka!... Mirad, mirad!... cuán hermoso es todo!

Las niñas lanzan al aire exclamaciones de admiración y de alegría, y Mimi me grita que me aparte, pues puede aplastarme el coche.

—Oh! sí, sí; pero ved cuán hermoso es y cómo huele bien!



III

Nuevo punto de vista

KATENKA estaba sentada á mi lado en la britchka, y con la cabeza graciosamente inclinada permanecía callada y pensativa mirando cómo, por debajo de las ruedas del carruaje, parecía huir el camino polvoriento. Yo me la miraba en silencio, como extrañado de la expresión triste y hondamente seria que notaba por la primera vez en su hermoso rostro.

—Ah! por fin!... vamos á llegar pronto á Moscova,—dije.—

Cómo te figuras tú que es Moscova?

—No sé...—contestó Katenka como de mala gana.

—Pero, piensas que sea mucho más grande que Serpukhov ó más pequeña?

—El qué?—dijo distraídamente la niña.

—Oh! nada...

Mas por ese instintivo sentimiento que hace adivinar á uno los pensamientos de otra persona, y que es cómo el hilo conductor de la conversación, Katenka comprendió que su indiferencia me hacía daño, y levantando la cabeza me dijo:

—Vuestro papá os ha dicho que estaríamos nosotras en casa de vuestra abuela?

—Sí, nos ha dicho que nuestra abuela quiere de todas maneras que vivamos todos con ella.

—Y estaremos juntos?

—Naturalmente, nosotros estaremos arriba, en una parte de la casa; vosotras en el otro extremo y papá ocupará, seguramente, la casita pequeña; pero comeremos todos juntos abajo, en el comedor de mi abuela.

—Mamá ha dicho que vuestra abuela es una mujer descontentadiza y de genio muy raro...

—No, lo parece únicamente al principio que se la trata... La verdad es que impone su aspecto, pero no se irrita fácilmente, y es, por el contrario, muy buena y muy alegre. Si hubieses visto el baile que se armó en su casa el día de su santo!

—De todas maneras, me da miedo vuestra abuela; aunque, por otra parte, Dios únicamente sabe si...

Katenka se calló de pronto y se puso pensativa.

—El qué?—pregunté con cierta inquietud.

—Nada, nada...

—No, algo has querido decir al pronunciar la frase: «Dios únicamente...»

—De modo que, según me decías, hubo un gran baile en casa de tu abuela?

—Sí, y fué una pura desdicha que no estuvieseis vosotras allí. Había multitud de invitados, mil personas al menos, una gran música, princesas y generales... y hasta yo bailé,

Katenka!—exclamé parándome súbitamente en medio de mi descripción.

—No me escuchas?

—Vaya si te escuchó; acabas de decirme que tú bailaste...

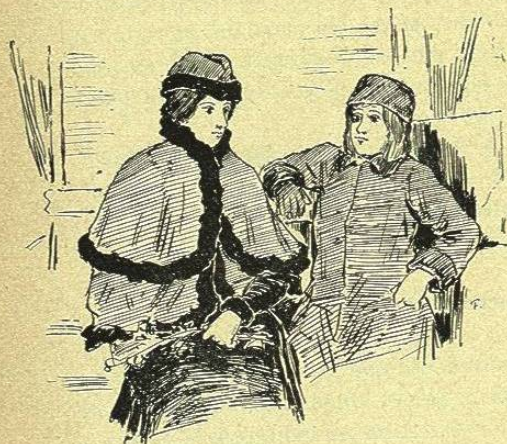
—Por qué estás tan triste?

—No siempre se ha de estar alegre.

—No, la verdad es que has cambiado mucho desde que hemos vuelto

nosotros de Moscova. Dime la verdad—añadí resueltamente y mirándola con fijeza,—por qué has cambiado de tal modo?

—Que yo he cambiado?—respondió Katenka con una vivacidad que bien claramente descubría que mi observación la había interesado en lo más hondo.—Tú me dirás en lo que he cambiado.



—Yo digo que no eres ya como antes,—continuó.—Antes bien se veía que tú eras lo mismo que nosotros; nos considerábamos como parientes y nos amabas tú á nosotros como nosotros á tí. Y ahora te has vuelto grandemente seria y hasta parece que te apartas de nosotros...

—Oh! de ninguna manera.

—No, deja que acabe,—la interrumpí yo diciendo; y sentía ya en la nariz el ligerísimo escozor que precede á las lágrimas, pues me sucedía que siempre venían á llenar mis ojos apenas intentaba expresar algún hondo é intenso pensamiento, mucho tiempo contenido.—Sí, sí; te apartas de nosotros, rehuyes nuestra conversación y no hablas más que con tu madre, como si no te dignaras siquiera recordar que nos conocemos de tanto tiempo...

—Pero es que no podemos siempre ser iguales, hemos de cambiar,—contestó Katenka, que tenía la manía de quererlo explicar todo por una necesidad fatal, sobre todo cuando no sabía cómo explicarse una cosa.

Recuerdo que una vez riñendo con Lubotchka, ésta la llamó tonta, y Katenka respondió: «Todo el mundo no puede ser sabio, ha de haber tontos también». A mí, empero, aquella respuesta no me satisfizo, pues no comprendí lo de que un día ú otro se había de cambiar, y proseguí el interrogatorio.

—Pero, en qué te fundas para decir que no hemos de ser siempre iguales?

—Es que seguramente no siempre viviremos juntos,—respondió Katenka, cubriéndose de púrpura sus mejillas y dirigiendo la mirada fuera de la britchka para apartarla de la mía.—Mamá pudo vivir en casa de vuestra difunta madre, que era amiga suya; pero con la condesa, que según dicen es tan irritable, no sé yo si podrán llegar á entenderse; sin contar que un día ú otro nos habremos de separar: vosotros sois ricos, tenéis la propiedad de Petrovskoie; nosotras somos muy pobres, mamá no tiene nada.

«Vosotros sois ricos, nosotras somos pobres»; estas dos frases y los conceptos que de las mismas se desprenden, me parecieron en aquel momento á no poder más extravagantes. Según mis ideas de entonces, tan sólo los aldeanos y los mendigos podían ser tenidos por pobres y no podía en mi imaginación asociar la idea de pobreza con la imagen de la graciosa y bellísima Katenka. Me parecía lógico que mientras viviesen Mimi y su hija habían de estar con nosotros, compartiendo nuestros bienes con ellas, lo que esto no fuese pareciame un perfecto disparate. De pronto, infinidad de nuevas ideas surgieron, en medio de grandes confusiones, en mi

mente tratando de comprender su verdadera situación, y me sentí en aquel punto tan cohibido por el hecho de que fuésemos nosotros ricos y ellas pobres que el rubor me subió á la cara y ni tan sólo me atreví ya en mucho espacio á mirar á Katenka.

«Por qué ha de haber ricos y pobres?—pensaba yo—y por qué ha de hacer esto necesaria la separación? Por qué no compartir siempre con ellas nuestras riquezas?» Pero entendí al propio tiempo que no había de hablar de estas cosas á Katenka; ya una especie de práctico instinto, contrario á los más lógicos razonamientos, decíame que tenía razón la niña, y que no era tiempo ni ocasión de explicar á Katenka mis ideas.

—Es verdad, pues, que nos dejaréis?—dije entonces por decir algo.—Y cómo podremos vivir separados?

—Qué le haremos? También será penoso para mí; pero si llega el caso, ya sé yo lo que tengo que hacer...

—Te harás actriz... pero esto es una tontería!...—exclamé, pues sabía que por aquel entonces el teatro era su sueño dorado.

—No, decía esto cuando era más pequeña... Ahora no...

—Entonces, qué es lo que harás?

—Entraré en un convento... y allí viviré tranquila llevando un vestidito negro y una pequeña toca de terciopelo.



Y apenas hubo acabado de decir esto, Katenka rompió á llorar.

No se te ha ocurrido, lector, alguna vez hacer la observación de que, en un momento dado de la vida, cambia por completo tu punto de mira acerca de muchas cosas? Los objetos que viste siempre de un modo, toman de pronto ante tus ojos los más impensados y sorprendentes aspectos...

Por la primera vez, durante ese viaje, se operó en mí uno de estos radicales cambios, y por eso pongo en este punto el comienzo de mi adolescencia.

Por la primera vez vínome con toda claridad al pensamiento la idea de que nosotros, es decir, nuestra familia, vivíamos en un mundo que es presa de toda clase de intereses que se agitan vio-

lentemente entorno suyo; pero que existe en la realidad un distinto aspecto de los hombres, el cual nada de común tiene con nosotros, que no se ocupa de nosotros, ni tiene siquiera idea de nuestra existencia. Sin duda que yo conocía ya todo esto desde mucho tiempo atrás, pero nunca se me había presentado con tan clara evidencia como en ese momento.

La idea no se transforma en convicción sino por ciertos caminos, con frecuencia no esperados y distintos de los que otros espíritus siguen para llegar á la misma convicción. La conversación con Katenka que tan fuertemente me había conmovido y me obligaba á reflexionar en su porvenir, fué para mí ese camino de que hablo. Contemplando los pueblos y las ciudades que atravesábamos, y en cada una de cuyas casas vivía al menos una familia como la nuestra, y viendo á las mujeres y á los niños que llenos de curiosidad veían pasar á los carruajes, para desaparecer luego para siempre de nuestros ojos, y al observar al propio tiempo que muchos ciudadanos y muchos campesinos ni siquiera se dignaban mirarnos al pasar y mucho menos nos saludaban, como yo estaba acostumbrado á ver en Petrovskoie, por la primera vez en mi vida la siguiente pregunta se formuló en mi espíritu: En qué pueden ocuparse si no se ocupan de nosotros? Pregunta que me fué sugiriendo no pocas más: Cómo y de qué vive toda esa gente? Cómo educan á sus hijos? Los instruyen? Les dejan jugar? Los castigan?...



IV

En Moscova

UNA vez en Moscova, mi punto de vista sobre las cosas y las personas y mis relaciones con ellas, se modificó todavía más sensiblemente.

La primera vez que vi á mi abuela, cuando me encontré con su rostro tan enflaquecido y arrugado y con sus ojos sin luz, el sentimiento de profundo y sumiso respeto que había hasta entonces sentido por ella, transformóse y dejó lugar á una especie de compasión, y cuando, al dejar caer su rostro sobre la cabeza de Lubotchka, lloró lo mismo que si tuviese delante de los ojos el cadáver de su hija tan querida, mi compasión se cambió en un profundísimo sentimiento de afecto. Me hacía su gran dolor una especie de daño, pues comprendí que nosotros, por nosotros mismos, no éramos nada á sus ojos, y que no éramos nada para ella sino por el recuerdo que despertábamos en su alma, y sentí también que en cada beso con que cubría nuestras mejillas, expresábase inalterablemente la misma idea: Mi hija está muerta y ya no la veré más!

Papá, quien en Moscova poco se ocupó de nosotros, y cuyo rostro apenas veíamos más que en las horas de comer, vestido casi siempre de fraque, con grandes cuellos de camisa surgiendo de su elegante chaleco, perdió muchísimo á mis ojos. Karl Ivanovitch, á quien mi abuela llamaba *diatka*, y que de pronto, Dios sabe por

qué, tuvo la extravagante idea de meter sobre su cabeza ya calva una gran peluca roja, me pareció tan extraño y tan ridículo que me quedé todo extrañado de no haber observado todo esto mucho antes.

Entre las niñas y nosotros fué elevándose una especie de barrera invisible. Ellas tenían, para con nosotros, cada día mayor número de secretos; se envanecían, visiblemente, de sus faldas que se alargaban cada día, y nosotros nos envanecíamos de nuestros pantalones á la moda. El primer domingo después de nuestra llegada á Moscova, Mimi se presentó á comer con un vestido tan elegante y con tantos lazos en la cabeza, que bien se veía que no estábamos ya en el campo y que todo iba á tomar nuevos derroteros.



V

El hermano mayor

Yo tenía menos que Volodia un año y algunos meses; crecimos, estudiamos y jugamos siempre juntos. Entre nosotros no hubo nunca distinción de mayor ó menor, pero precisamente hacia la época de que hablo, empecé á comprender que Volodia, por su edad, por sus gustos y por su manera especial de ver las cosas, no era ya para mí el mejor camarada. Hasta parecióme que Volodia se reconocía á sí mismo una especie de superioridad y estaba de ella orgulloso. Esta convicción mía, aunque tal vez errónea, me inspiraba una especie de amor propio que me hacía sufrir no poco al más pequeño choque con él. En todo era más fuerte ó más diestro que yo: en los juegos, en el estudio, en nuestras mismas disputas, en el modo de portarse con la gente, por lo cual cada día sentíame más alejado de él y me causaba esto una especie de sufrimiento moral que no acertaba á explicarme. Si, cuando le hicieron á Volodia las primeras camisas de tela de Holanda, con frisados, hubiese yo dicho con toda franqueza que me hubiera gustado mucho tener otras camisas iguales, de fijo que con esto sólo me consolara, y no hubiera estado pensando cada vez que veía á Volodia arreglarse el cuello de la camisa, que lo hacía para molestar-me á mí. Pero me callé, y esto me hizo sufrir mucho más; lo que me enfadaba especialmente era que no pocas veces Volodia comprendía mi sufrimiento, lo veía claro, y trataba de disimularlo.

Quien, alguna vez en su vida, no ha notado esas relaciones misteriosas y mudas, que se manifiestan en una sonrisa imperceptible, en las miradas y aún en los movimientos de las personas que viven habitualmente juntas: entre marido y mujer, entre hermanos, entre amigos, entre amos y criados, sobre todo cuando estas personas no son enteramente sinceras entre sí!... Cuántos deseos y cuántos pensamientos no expresados, y con miedo de ser comprendidos, se exteriorizan en una sola mirada, cuando por acaso y con vaga timidez se encuentran vuestras miradas frente á frente!

Pero, quizás, en el caso de que hablo, una excesiva sensibilidad me engañaba; quizás no sentía Volodia lo mismo que yo sentía. Mi hermano era impulsivo, franco, y con frecuencia cambiaba la orientación de su espíritu. Entusiasmábase violentamente por cosas las más diversas, se entregaba á ellas con toda el alma, pero con una facilidad igual las abandonaba.

Tan pronto se sentía totalmente absorbido por la pasión de los cuadros: los compraba con su dinero, ó los pedía á papá ó á nuestra abuela, y aún dibujaba y pintaba él también. A veces le cogía la pasión de los *bibelots*, con los cuales llenaba su mesa y que iba recogiendo de todos los rincones más ignorados de la casa. Otras veces era absolutamente atraída su atención por las novelas, que se procuraba de modo que no se enterasen papá ni abuela, y se pasaba leyéndolas noches y días enteros... Involuntariamente, me asociaba á sus cambiantes pasiones, y aunque era yo demasiado orgulloso para seguir exactamente sus pasos, era también demasiado joven y poco independiente para emprender y seguir un camino propio. Pero nada envidiaba yo tanto como el carácter siempre alegre, franco y noble de Volodia, que se mostraba constantemente sin doblez ninguna, sobre todo en las querellas que con frecuencia surgían entre nosotros. Yo comprendía que mi hermano obraba en ello perfectamente, pero no le podía imitar, aunque me esforzaba.

Un día, era en el periodo de su gran pasión por las porcelanas, me acerqué á su mesa, y sin querer se me cayó y rompióse un pequeño frasco de colores, vacío.

—Quién te ha dado permiso para tocar mis cosas?—dijo Volodia que entraba en aquel momento y vió que yo me había entretenido alterando el buen orden en que él tenía colocados todos aquellos preciosos objetos que adornaban su mesa.—Dónde está el frasquito azul?... Sin duda has sido tú...

—Sin querer, se me ha caído, y se ha roto... la gran desdicha!

—Lo que te ruego es que *no te atrevas* jamás á tocar lo que es

mío—dijo recogiendo los pedazos del frasco y contemplándolos con cierta tristeza.

—Pues yo lo que te ruego es que no mandes...—contesté.—

Si se ha roto, roto está, qué le haremos?—Y me sonreí, aunque no tenía ganas de ello.

—Para tí no es eso nada; mas para mí te digo que es ya *algo*—dijo Volodia levantando los hombros, gesto que había heredado de papá.—Lo ha roto, y se ríe todavía, oh! el insoportable *niño!*

—Es verdad que yo soy un niño, pero tú eres un gran simple.

—No tengo gana de que nos injuriemos el uno al otro—dijo Volodia apartándose suavemente de la mesa.—Vete!

—No me empujes!

—Vete!

—Te digo que no empujes!

Volodia me tomó de la mano y quiso apartarme un poco, pero yo estaba ya excitado hasta lo último; enlacé una de mis piernas con una pata de la mesa, y al querer tirar de mí Volodia, siguió la mesa detrás, dando en el suelo, con gran estruendo, con todos sus cacharros de porcelana y de cristal.

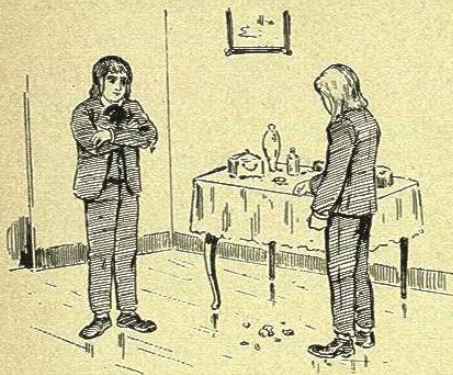
—Toma!... Recógelo ahora!

—Mal criado!—gritó Volodia, tratando de evitar la caída de su tesoro.

«Ahora, todo habrá acabado entre nosotros, pensaba yo mientras salía de la estancia; ahora ya estaremos reñidos de por vida».

En todo el día no nos hablamos; verdad que yo me sentía culpable, de tal modo que ni me atrevía á mirarle ni pude ocuparme en nada, pues fué grande el desasosiego de mi espíritu. Volodia, por el contrario, se mostró tan alegre como siempre, trabajó igual que todos los días, y, según tenía por costumbre, después de comer charló y aún se rió no poco con las niñas.

Apenas hubo acabado el profesor su lección, yo me salí de la clase, pues me sentía cohibido y con gran malestar á solas con mi hermano; acabada la lección de historia, tomé el cuaderno y me



dirigi hacia la puerta; al pasar por delante de Volodia, á pesar de que en mi interior sentía el vivo deseo de acercármele y de hacer las paces con él, traté de disimularlo y de aparentar enfado. En aquel punto levantó mi hermano la cabeza y con una imperceptible risa en los labios, que algo tenía de finamente burlesca, me lanzó una tranquilizadora mirada. Nuestras miradas se encontraron y ví que los dos pensábamos y sentíamos lo mismo, pero un invencible sentimiento de amor propio me obligaba á pasar de largo.

—Nikolenka!—exclamó entonces mi hermano con voz perfectamente natural, sin la menor inflexión patética;—basta de malas caras, perdóname si te he agraviado...

Y me alargó la mano.

Algo que no sé de fijo lo que fuese empezó á subirme de lo más hondo, me comprimó el pecho y aún dificultóme la respiración; pero fué cosa de un segundo, aparecieron las lágrimas á mis ojos y me sentí de pronto como aligerado de un gran peso.

—Perdó... na... me, Vo... lodia!—dije llorando y apretando fuertemente su mano.

Volodia entonces sonrióse y me miró cómo si no acertase á comprender el motivo de mis abundantes lágrimas.